

Por qué los socialistas deberían apoyar la representación proporcional

Via [International Viewpoint](#)

Con alternativas al sistema de votación «el ganador se lo lleva todo», el sistema bipartidista de Estados Unidos recibió un tiro por la culata en junio, cuando el experimento de la ciudad de Nueva York con el voto por orden de preferencia pareció irse a la lona. Los votantes encontraron el nuevo sistema confuso, y el recuento de los resultados se retrasó durante semanas mientras la Junta Electoral de Nueva York luchaba por adaptarse.

Sería una catástrofe para la izquierda, sin embargo, si este contratiempo en Nueva York (que, vale la pena señalar, no es un verdadero sistema de relaciones públicas, ya que se limita a las elecciones primarias y todavía conduce a la elección de un solo representante por distrito) llevara a los socialistas a abandonar la lucha por la representación proporcional (RP). Al igual que sus homólogos de Nueva York en todo el mundo, la capacidad de los socialistas para participar en un conflicto político productivo sería mucho más fuerte bajo el tipo de sistema multipartidista que permite la representación proporcional.

El apoyo al sistema multipartidista está muy extendido en Estados Unidos. Desde el comienzo del nuevo siglo, aproximadamente la mitad del país ha dicho que apoyaría la aparición de al menos un partido más. Desde 2011, las encuestas de Gallup sugieren que el porcentaje de su apoyo ha aumentado y ronda consistentemente al rededor del auge que hubo en las décadas del 50 y 60. Aunque el apoyo es especialmente fuerte entre los independientes, la última

encuesta sugiere que el 46% de los demócratas también apoya la creación de un tercer partido.

Afortunadamente, existe un camino posible para hacer realidad este deseo en Estados Unidos. La Fair Representation Act (Ley de Representación Justa) presentada en el último Congreso es un método para adoptar un sistema de representación proporcional compatible con la Constitución. Pero entender qué es y por qué los socialistas deberían apoyar la Ley de Representación Justa requiere primero una comprensión más profunda de cómo el sistema «el ganador se lo lleva todo» perjudica el éxito de la izquierda.

El (no tan conocido) camino de la derecha

La realidad es que el sistema bipartidista en el que el ganador se lleva todo juega un papel importante en la distorsión de la representación en el Congreso, las legislaturas estatales y los ayuntamientos, al menos tanto como el gerrymandering*. De hecho, no es exagerado decir que nuestro sistema actual favorece sistemáticamente a la derecha y desfavorece a la izquierda.

Esta es una de las conclusiones de Jonathan Rodden en su fascinante libro *Why Cities Lose: The Deep Roots of the Urban-Rural Political Divide* (Porque las ciudades pierden: las profundas raíces de la división política urbano-rural). Los centros urbanos, señala Rodden, son la base de los votantes de centro-izquierda y de izquierda. Pero la concentración de electores que piensan de la misma forma en barrios urbanos densamente poblados lleva a su estrecha distribución en muchos distritos, independientemente de cómo se tracen esas líneas de distrito. Esto crea un camino para los partidos de derecha que obtienen su apoyo de los distritos rurales y exurbanos, distritos en los que sus votantes están repartidos más uniformemente.

Piénsalo así. Las ciudades están tan repletas de votantes de

izquierdas que muchos distritos urbanos votan al candidato de centro-izquierda o de izquierdas por márgenes muy amplios. Sin embargo, los votantes de la derecha se distribuyen más uniformemente en los distritos suburbanos y rurales, donde los candidatos de centro-derecha y de derecha suelen ganar por márgenes más pequeños. Esta distribución desequilibrada de los votantes de izquierda y de derecha es uno de los principales mecanismos que dan a nuestro sistema político una fuerte inclinación hacia las minorías, distorsionando las elecciones a favor de los populistas de derecha, que obtienen resultados especialmente buenos en las zonas rurales y los suburbios acomodados.

Debido a los efectos distorsionados de la combinación de elecciones en las que el ganador se lo lleva todo y la concentración de votantes de izquierdas en las ciudades, Rodden llega a pensar que las leyes que impedirían el gerrymandering, poniendo el diseño de los distritos en manos de funcionarios no partidistas no serían suficientes para mejorar la posición competitiva de la izquierda. En miles de simulaciones de diferentes configuraciones de distritos, encuentra la misma tendencia para los republicanos debido a su fuerza en las zonas rurales y suburbanas.

Pero no son sólo los aspectos técnicos de cómo se dibujan los distritos los que inclinan las elecciones a favor de la derecha. En la conciencia popular, a los votantes de un sistema bipartidista también se les enseña a creer que sólo tienen dos opciones. Esto crea la falsa sensación de que el «término medio» en política está entre los partidos demócrata y republicano.

En lo que podríamos llamar la «ilusión del término medio», los votantes llegan a creer que la única manera de afirmar su independencia de ambos partidos y castigar a uno de ellos es votar a los demócratas en algunas elecciones y a los republicanos en otras. Aunque en realidad es una elección entre un partido de centro-derecha y un partido de extrema

derecha, los votantes piensan que están siendo «justos y equilibrados» en este juego.

Problemas tácticos para los socialistas

Por si su carácter antidemocrático no fuera suficiente problema para los socialistas, cuatro aspectos adicionales del sistema del ganador y del bipartidismo al que da lugar son especialmente preocupantes para la capacidad de los socialistas de competir eficazmente.

En primer lugar, al atrapar a la izquierda dentro del Partido Demócrata, el sistema bipartidista pone a los socialistas en un doble aprieto. Por un lado, tenemos una necesidad obvia de distinguirnos de los demócratas convencionales. Ganar las elecciones en las primarias demócratas depende de hacer distinciones claras, e incluso de atacar a los demócratas de la corriente principal.

Pero a medida que salimos de los distritos sólidamente azules y nos adentramos en zonas más competitivas del país, eso puede repercutir para perjudicarnos tanto a nosotros como a los demócratas del establishment. Un partido que parece dominado por una guerra interna repelerá casi con toda seguridad a los votantes.

Por lo tanto, la presión para amordazar nuestras críticas, en nombre de la unidad del partido, seguramente crecerá con el tiempo, socavando nuestra capacidad de establecer nuestra propia posición independiente. Tuvimos una primera muestra de esto en 2016 y 2020, cuando Bernie Sanders estuvo bajo intensa presión para no continuar su ataque a Hillary Clinton y Joe Biden. De hecho, muchos culparon de la pérdida de Clinton a las modestas críticas de Sanders en la campaña de las primarias.

En segundo lugar, los demócratas del establishment y los socialistas ya están empezando a aprender que las configuraciones más amplias son objetivos más fáciles. En las

elecciones al Congreso de 2020, los demócratas tuvieron un resultado inferior a las expectativas. Los líderes demócratas probablemente no se equivocaron al sugerir que parte de la razón se debía al éxito que tuvieron los republicanos al presionar a los demócratas en distritos que luchaban contra el socialismo y otras demandas controvertidas de la izquierda.

Al mismo tiempo, es probable que los socialistas descubran en las zonas más competitivas del país que la identidad demócrata es tóxica entre muchos votantes de clase trabajadora que, de otro modo, podrían estar abiertos a nuestro mensaje. Una de las razones por las que Bernie Sanders superó sistemáticamente a los demócratas en las elecciones de Vermont tiene que ver con su capacidad para atraer a los independientes de clase trabajadora y a los republicanos que aprueban su independencia del Partido Demócrata.

En tercer lugar, los socialistas se beneficiarían enormemente de la capacidad de hacer que las elecciones giren en torno a estrategias de partido y no a personalidades. En nuestro sistema actual, los candidatos socialistas se enfrentan a los demócratas en las primarias. En esas carreras, y en ausencia de etiquetas de partido, los votantes suelen elegir en función de la personalidad, la identidad y de quién creen que tiene más posibilidades de ganar en las elecciones generales.

Para los socialistas que quieren que las elecciones sean una cuestión de estrategia y plataformas, esto puede ser especialmente frustrante. Es difícil explicar a los votantes en unas primarias por qué el demócrata que dice estar a favor de las reformas progresistas es en realidad parte de un proyecto político más amplio y sin etiqueta que bloquea esas reformas. Las elecciones generales, por otra parte, presentan exactamente esa oportunidad de hacer la elección de las estrategias de los partidos en lugar de las personalidades.

Además, en un sistema multipartidista, los socialistas pueden distinguirse eficazmente de los de centro-izquierda a los ojos

de los votantes también en el periodo entre elecciones. Las identidades partidistas separadas que compiten entre sí ayudan a organizar los conflictos políticos para la mayoría de la gente. Los partidos en un sistema multipartidista pueden, por ejemplo, entrar y salir de las coaliciones de gobierno, y es fácil para todos ver lo que sucede.

Este no es el caso en un sistema bipartidista, donde la gente rara vez conoce el equilibrio de poder entre las distintas facciones de un partido. La mayoría de las personas políticamente comprometidas probablemente sabrán que los demócratas tienen una escasa mayoría en la Cámara de Representantes, pero ¿cuántas personas podrían decir el tamaño relativo de los bloques progresista y neoliberal dentro del Partido Demócrata? Entre sus muchos pecados, el sistema bipartidista enmascara el conflicto.

Por ejemplo, la popularísima ley de estímulo. En un sistema multipartidista, el partido de izquierda habría presionado para incluir una mayor redistribución en el estímulo, y Joe Biden se habría visto obligado a ceder a la presión para asegurar su apoyo. Los votantes habrían visto claramente de dónde procedían las mejores partes del estímulo. En nuestro sistema bipartidista, donde este tipo de conflicto es mucho más difícil de seguir para la gente, las mejores partes del estímulo se perciben (en la medida en que la gente incluso sabe que ocurrió) como un regalo de Joe Biden, ya que el impulso del estímulo vino de los «demócratas».

Por último, y en un horizonte temporal más largo, la representación proporcional es mejor para los socialistas porque garantiza que si llegamos al poder lo haremos con el apoyo de la mayoría de la sociedad. En los debates del Partido Laborista británico sobre la conveniencia de la RP, Ralph Miliband ha defendido así la importancia de la representación proporcional:

«Los partidarios del sistema de “vencedor se lleva todo”

argumentan que también da al Partido Laborista la oportunidad de ganar unas elecciones y formar un gobierno propio. Esto puede ser cierto, pero ignora algunos hechos importantes, independientemente del punto de principio de que el sistema electoral no debe distorsionar demasiado la representación. Un hecho que el argumento ignora es que un gobierno comprometido con las reformas fundamentales necesita un apoyo mucho mayor en el país que un gobierno conservador. Sólo así un gobierno radical podría esperar alcanzar sus objetivos; y ese apoyo debería reflejarse en las cifras de votos. El 51% no es una cifra mágica, pero alcanzarla, solo o, si es necesario, en coalición, es sin embargo una gran ayuda.

La superación del bipartidismo y la transición a un sistema de representación proporcional es de suma importancia estratégica para la causa socialista. Nuestra capacidad de ganar -y de basar un futuro gobierno socialista en el apoyo de la mayoría de la sociedad- se vería muy favorecida por esta transformación.

Una solución americana

¿Existe un modelo viable para la adopción de un sistema de representación proporcional en Estados Unidos?

Alemania es uno de los mejores ejemplos de esta alternativa. A veces se denomina «representación proporcional mixta de miembros» (MMP). El MMP combina las ventajas de la representación directa a nivel de distrito con las ventajas de la representación proporcional de los partidos.

Cada votante, el día de las elecciones, emite dos votos. Votan a un candidato para que sea su representante en el Bundestag alemán; y votan al partido que más se acerca a su política.

Los representantes de los distritos se eligen primero. Luego, los partidos reciben representantes adicionales para garantizar que su delegación en el Parlamento Federal sea proporcional a su participación en el voto nacional. La

representación de un partido en la legislatura no es exactamente igual a su participación en el voto nacional, ya que algunos partidos no alcanzan el umbral para estar representados y no se contabilizan. Pero esto crea un sistema en el que la cuota de escaños de un partido está bastante cerca de su cuota en el voto de referencia del partido nacional.

No está claro si un sistema así sería posible en Estados Unidos, dado el actual orden constitucional. Pero, afortunadamente, hay alternativas que son definitivamente compatibles con la Constitución estadounidense.

FairVote, una organización sin fines de lucro especializada en hacer propuestas para arreglar la democracia rota de Estados Unidos, es la que más ha trabajado en este frente. Su Ley de Representación Justa es la propuesta más audaz hasta ahora para la transición de Estados Unidos a un sistema multipartidista. En virtud de la Ley de Representación Justa, las elecciones al Congreso se celebrarían utilizando el voto por orden de preferencia, lo que reduciría inmediatamente el efecto «spoiler».

Pero lo más importante es que todos los estados con más de un representante tendrían que introducir distritos multipartidistas. En Luisiana, por ejemplo, los seis distritos del estado se reducirían a dos, uno en la mitad oriental y otro en la occidental. Los votantes clasificarían entonces sus preferencias en las elecciones. El escrutinio de los boletos de voto llevaría a la elección o eliminación de los candidatos que cumplieran o no un determinado umbral. Los votos inicialmente asignados a los candidatos elegidos o eliminados se redistribuirían entonces entre los candidatos restantes. El proceso se repetiría hasta que se eligiera un número de candidatos igual al número de escaños de un distrito. Al ampliar las opciones de los partidos, la transición a un sistema multipartidista probablemente conduciría a un aumento de la participación de los votantes de la clase trabajadora,

lo que fortalecería en gran medida las fuerzas que se oponen a la extrema derecha.

El número exacto de representantes asignados a una circunscripción plurinominal variaría en función del número de representantes concedidos a un estado (y en los estados con un solo representante, se celebrarían elecciones para ese único escaño). Pero el carácter plurinominal de la mayoría de las elecciones de distrito conduciría a una mayor diversidad en la representación de los partidos en el Congreso. Y, lo que es más importante para reducir la ventaja injusta de la derecha, un sistema de este tipo combinaría las ciudades con sus suburbios circundantes y las zonas rurales en grandes distritos de varios miembros. Esto reduciría en gran medida la ventaja que obtiene la derecha al organizar todos los partidos ganadores.

La lucha por la democracia

La democracia en Estados Unidos está sometida a una gran presión. La toma de control del Partido Republicano por parte de la extrema derecha amenaza la democracia a nivel fundacional. Y el Partido Demócrata -que trabaja estrechamente con las grandes empresas- no ofrece una alternativa.

Los socialistas democráticos ya no pueden permitirse el lujo de evitar esta crisis. Necesitamos una visión audaz para construir una democracia más fuerte en Estados Unidos. Puede que incluso encontremos a largo plazo que los demócratas inclinados, ansiosos por poner distancia entre ellos y la izquierda socialista, puedan apoyar una configuración multipartidista. Esta transformación no tiene por qué ser un juego de suma cero. Al ampliar las opciones de los partidos, la transición a un sistema multipartidista probablemente conduciría a un aumento de la participación de los votantes de la clase trabajadora, lo que fortalecería en gran medida las fuerzas que se oponen a la extrema derecha.

Los socialistas que nos precedieron se comprometieron con la causa de la democracia. La lucha por el sufragio universal fue una reivindicación clave para la izquierda de todo el mundo en los siglos XIX y XX. De hecho, todos los pasos reales hacia democracias más fuertes a nivel internacional han sido defendidos y luchados por los socialistas y los movimientos de la clase trabajadora.

La lucha por la democracia incluye hoy la lucha por defender el derecho al voto, promulgar un sistema de financiación pública, abolir el Colegio Electoral y reducir el poder del Senado y del Supremo Tribunal. Pero también debe ir más allá de arreglar los problemas de las instituciones rotas para refundar la propia democracia.

Un paso en el camino es librar a este país de la trampa del bipartidismo y construir un verdadero sistema multipartidista. Hacerlo es posible. Y la salud de nuestra democracia -y en última instancia la victoria del socialismo democrático- depende de ello.